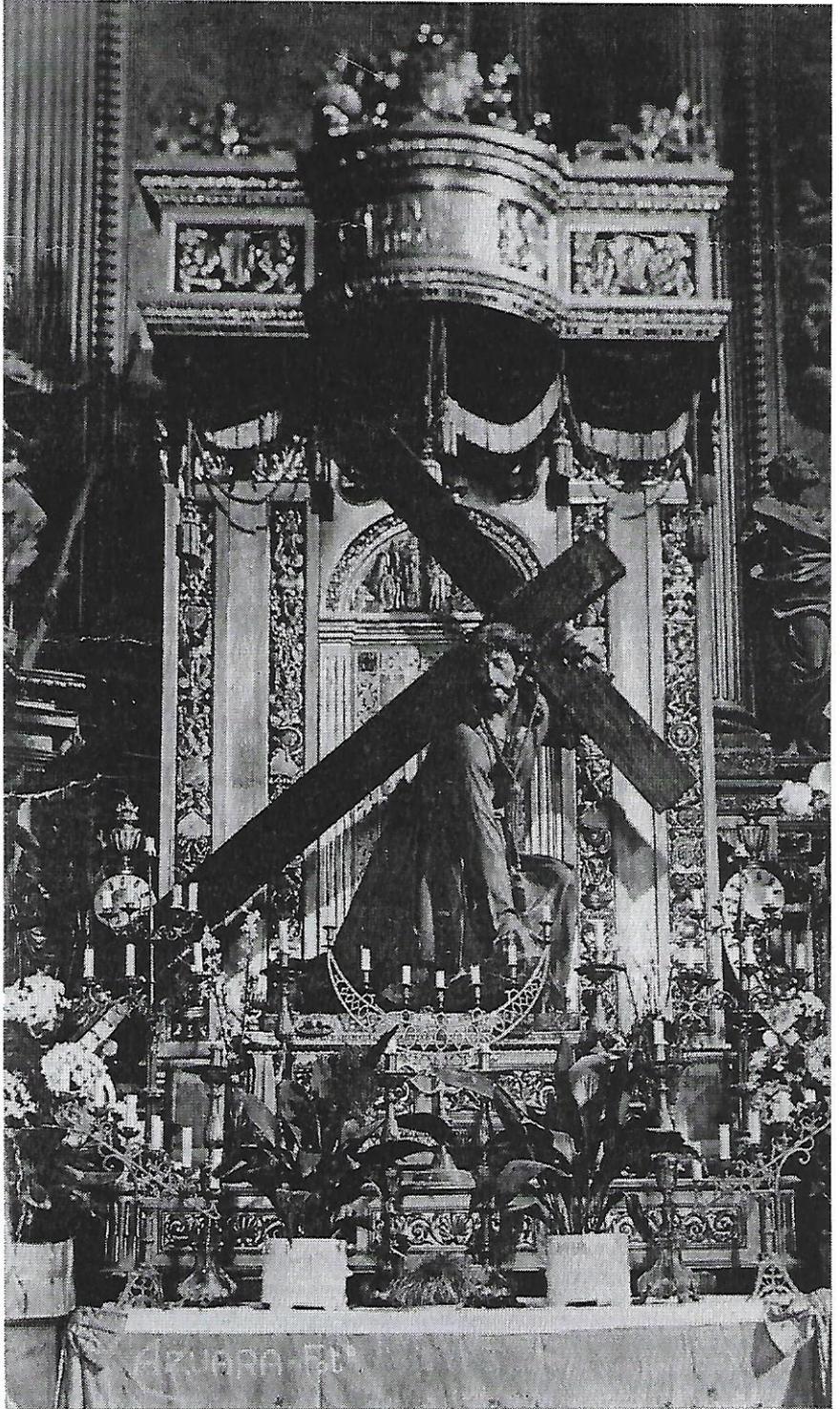




Excmo. Ayuntamiento

MANZANARES



Fiestas Patronales
Nuestro Padre Jesús del Perdón

S e p t i e m b r e 1 9 9 4



Pregón 1994

Francisco Lozano Díaz-Portales

Presentación

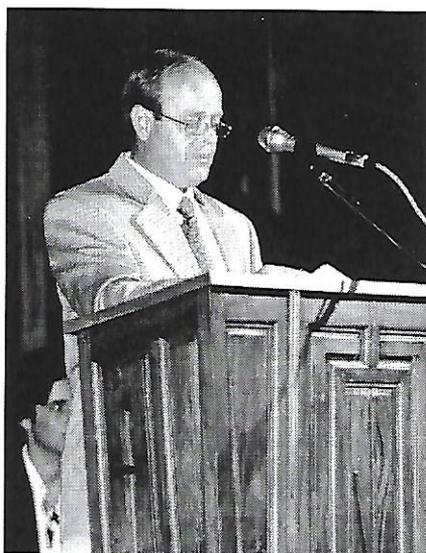
Sinceramente no me considero la persona más idónea para anunciaros tan solemne Pregón. Y no por desconocimiento de la teología del evangelio, sino por el recelo que pudiera suscitar en quienes no aceptan ciertos condicionamientos. Así se lo hice saber a quienes me invitaron y así lo manifiesto aquí para tranquilidad de quienes como acabo de exponer piensan. No obstante, la Junta me volvió a reiterar su propósito; tengo que confesar que no supe negarme. Consideradlo, pues, como un acto de debilidad y no de atrevimiento por mi parte: o, si lo preferís, como mi grano de aportación a la fiesta. Confío que sea Él, Jesús, quien nos ayude a comprenderle, y confío en vuestra benevolencia de querer conocerle.

A modo de guión o de esquema me he planteado tres preguntas. Pueden servirnos de hilo conductor para no perdernos: ¿Qué es lo que celebramos? ¿A quién celebramos? y ¿Por qué lo celebramos? Quisiera poder orientaros en las respuestas y ayudaros a celebrar tan señalada fiesta.

¿Qué es lo que celebramos?

Pudiera pareceros una obviedad, pero no es más obvio aquello que, dándolo siempre por supuesto, no se plantea nunca y termina cubierto por el polvo del tiempo, sino lo que se analiza y sopesa en determinados momentos para reactivarlo, asumirlo y vivenciarlo con más fuerza. El mayor enemigo de la evidencia es la monotonía, pues termina por no apreciar lo que tiene siempre en su presencia. Decía Seneca: «*La evidencia hay que afirmarla y arraigarla cada día más profundamente, pues es tarea más difícil llevar a la práctica los propósitos que concebirlas*».

Si os dijera que del planteamiento que hagamos de partida va a depender en gran medida nuestra respuesta, convendríais conmigo en la necesidad de planteárnoslo. ¿Qué es éste, un acto académico-literario? ¿Quizás un acto religioso organizado por la Hermandad? o ¿Tal vez la manifestación social de la dimensión religiosa del patrocinio de Jesús del Perdón sobre Manzanares?



De ser un acto literario, tendríamos que convenir en satisfacer la demanda estética mediante la erudición y el arte de la palabra. Y no creo que hayáis venido únicamente a halagar vuestros oídos con bellos juegos de palabras, ni a entretener vuestra ociosidad por falta de mejor entretenimiento.

Un acto religioso, en estricto sentido litúrgico, es aquel en el que la comunidad de creyentes se reúne para celebrar su fe en Dios y su misterio salvífico, de forma pública y presidido por la jerarquía. No es éste el caso.

Por exclusión, tenemos que admitir que se trata de una manifestación social de la dimensión religiosa proveniente del patrocinio de Jesús del Perdón sobre Manzanares. Lo que significa que esta expresión hunde sus raíces en un acontecimiento de fe, desde el que recobra sentido en función del recuerdo del pasado y orienta el presente hacia el porvenir.

«*En todas las religiones la fiesta es un elemento esencial del culto. Son ritos asociados a determinados tiempos para celebrar, en medio del gozo y del regocijo, situaciones o aspectos de la vida humana*». (Diccionario Bíblico).

Así nos encontramos con que el marco formado por el ritmo de los astros dio origen a grandes fiestas en el suelo común de la humanidad: fiestas de la luna llena y de la luna nueva. El ciclo solar

trajo consigo la fiesta del Año Nuevo. El trabajo de la tierra favoreció la creación de las fiestas de primavera, meses o semanas de verano y recolección o vendimia en otoño.

La cristiandad ha ido asumiendo a lo largo de la historia todas estas fiestas al objeto de reconvertirlas e integrarlas dentro de sus prácticas religiosas. Nuestra cultura occidental ha marcado una profunda huella en este sentido. No existe localidad o institución alguna que no celebre sus fiestas bajo el patrocinio de algún miembro del santoral, advocación mariana o aspectos relativos al misterio salvífico de la obra de Jesús, como en nuestro caso.

Ocurre, pues, que el proceso catártico primero de la asunción de las fiestas, si no consigue su objetivo, puede tornarse elemento perturbador del hecho religioso que en su momento quiso darle sentido de transcendencia. Quiere esto decir que, si no alcanzamos a penetrar su auténtico sentido, aquel que dio origen y significado a la fiesta, corremos el peligro de promocionar los aspectos externos o folklóricos y cargarnos su verdadera esencia.

Según cuentan los que sobre la historia de Manzanares han escrito, un acontecimiento glorioso (milagroso se apresuran a añadir otros) polariza el patrocinio de Jesús del Perdón: La defensa de Manzanares del invasor enemigo. Invasión que hubiera significado un doble peligro: peligro de vidas humanas y peligro, sobre todo, para su fe. Pero el general francés se convierte de perseguidor en devoto de Jesús del Perdón, a quien termina entregándole como símbolo de acatamiento su distintivo de general. El 31 de marzo de 1809, día de viernes santo, para más señas, la historia cita al pueblo de Manzanares, una vez más, con el ejército francés. *En esta ocasión no en apariencia de aliados, sino en abierta guerra*—nos comenta el historiador D. José Antonio García-Noblejas y García-Noblejas—. (Cierto que desde hacía un año se habían producido muchos acontecimientos, pero la actitud de los franceses había sido siempre la misma: invadir y conquistar la península). Manzanares iba encabezado por su Párroco, D. Pedro Álvarez de Sotomayor; al frente del ejército, el General Sebastiani. Por escudo lleva el pueblo la milagrosa imagen de Jesús del Perdón; el ejército, sus armas. La dramática cita, imaginamos que tensa y cargada de nervios, que podría haber desembocado en un trágico siniestro, termina en un histórico encuentro. Y es aquí donde aparecen las mayores dificultades para interpretar los hechos.

No quisiera entrar en más detalles que los imprescindibles, aunque lo suyo, entiendo, sería volver a retomar todos los datos de la historia (datos que al parecer desaparecen) y hacer una lectura objetiva de los hechos.

Estamos en plena guerra de la independencia. No podemos olvidar el papel táctico y emocional que desempeña el pueblo español. España está dividida y se produce un tránsito, en el que millones de españoles cambian de alma. Una cosa es clara: el pueblo nunca deseó ser francés. La hazaña del 2 de Mayo estaba demasiado fresca en el recuerdo, como reciente estaba el levantamiento de Móstoles con su Alcalde a la cabeza. Y el final parece coincidir más con el grito de «Dios, Patria, Rey» que con la crítica ilustrada y revolucionaria de la enseñanza francesa. El pueblo se erige en protagonista y ante la invasión se alza unido en todos los confines de la patria. Es el pueblo quien en verdad vence al Antiguo Régimen, no la burguesía que ignominiosamente cede ante el empuje extranjero. *«Y entre los líderes naturales, agentes incansables del reclutamiento y la acción guerrillera, aparecen los curas de la España rural. El clero español, alto y bajo, estaba interviniendo en primeros planos—no precisamente espirituales— de la vida nacional durante la independencia y ya no abandonará, desde entonces, el gusto por ese tipo, más o menos larvado de intervención».* (Ricardo de la Cierva). Pero al final, me temo, tampoco esto importa demasiado, porque lo que entre nosotros cuenta, en definitiva, es la lectura que de los hechos los propios manzanareños hicieron, y que lógicamente no fue el fruto exclusivo del momento, sino de toda la cultura que les asistía y de toda su tradición religiosa. Y esto sí creo que es importante: saber cómo el pueblo de Manzanares los ha venido leyendo a la luz de su experiencia religiosa. El pueblo siempre lo ha entendido como fruto de la fe en Jesús, el Nazareno, el Jesús arrodillado, soportando la cruz del perdón, cuya imagen portaban, como Moisés portó el cayado en el desierto.

A partir de aquí este hecho cambia definitivamente el devenir de Manzanares. A Álvarez de Sotomayor, acompañado por buena parte del pueblo, se le considera valiente, investido de persuasión y abnegado. Es el prototipo del carismático religioso que salva a su pueblo. Al General Sebastiani se le reconoce como el típico hombre guerrero, luchador y conquistador, en cuyo interior subyace humanidad, perdón y misericordia; hasta el punto de deponer las armas e investir su fajín de general

a la imagen del Nazareno Arrodillado. El General Sebastiani se detiene, Álvarez de Sotomayor suplifica. Pero ¿qué es lo que en realidad sucede? Es de sospechar que se produjera una alianza. La historia es rica en estas experiencias: normalmente el inferior solicita e implora misericordia, bondad que el poderoso otorga según su beneplácito y en cumplimiento de ciertas condiciones. La conclusión del pacto se cierra con un ritual que consagra su recuerdo. Aquí el rito de conclusión parece claro: la entrega del fajín al Cristo.

Se repite con toda claridad el esquema del carismático creyente que salva a su pueblo de la opresión enemiga con un símbolo o estandarte religioso que le otorga poderes divinos.

Pero seguimos sin saber cuáles fueron las condiciones del pacto. Es tremendamente extraño que se conozcan todos los movimientos de las tropas francesas a su paso y en su estancia en Manzanares; que, incluso, se tenga constancia de los partes de guerra hasta la minuciosidad de detalles y, en cambio, no se tenga noticia documental alguna de un hecho tan inusual y raro como el que un general francés —en declarado ambiente de persecución y de guerra— se quitara el fajín de mando y se lo ciñiera al Cristo Arrodillado. A partir de aquí la única fuente de información que tenemos es la tradición oral, que interpreta la petición de perdón para el pueblo, por los excesos de asalto al hospital en junio del año anterior; y que generosamente concede Sebastiani.

Lo constatable realmente es que existe el fajín; que entre el asalto al hospital francés y la venida de Sebastiani ocurrieron muchas cosas: el general Roize llega al día siguiente a Manzanares y encomia la conducta de clérigos y autoridades. El propio general Belair, antes de entrar en Manzanares, *hizo un alto en el camino y, puesto al habla con las autoridades, se prestó fácilmente a un acomodamiento, dando palabra de no emplear violencia mientras los vecinos permanecieran tranquilos*. Reside ocho días en Manzanares, desde donde ofrece perdón en nombre del gran duque de Berg a las poblaciones de Valdepeñas, Sta. Cruz y Madrideojos. Si no nombra a Manzanares es porque daba por supuesta la «pacificación». De hecho en su parte escribe: *casi en general los eclesiásticos se conducen bien y en Manzanares su conducta ha estado por encima de todo elogio*. Es más, cuando aparece Sebastiani, los franceses se encontraban ya desde hacía dos días en Manzanares. ¿Qué sentido tenía pedir perdón ahora al general Sebastiani? ¿Podría interpretarse el

hecho como un gesto de perdón? ¿Acaso de sumisión o de acatamiento al Cristo?. O, por el contrario ¿era la forma más sagaz y astuta de garantizar el dominio francés sobre Manzanares que, de ahora en adelante sería custodiado por el mismo Cristo, al que los manzanareños veneraban?.

Entiendo que desde las coordenadas cristianas y para nosotros, lo decisivo no es saber si Sebastiani otorgó perdón o no a la población o fue una hábil maniobra; lo determinante es: si los manzanareños, los que partían como creyentes portando a Jesús del Perdón, perdonaron a los franceses, en consecuencia con su religión.

La leyenda termina por simplificar a su favor los hechos añadiendo calificativos. Unicamente sabemos que a partir de aquí Jesús del Perdón es proclamado PATRÓN DE MANZANARES.

De ahí la segunda pregunta:

¿A quién celebramos?

«Ntro. Padre Jesús del Perdón» así es como reza la titularidad de la cofradía desde finales del XVIII, y así es como figurara el patrocinio de Manzanares desde principios del XIX hasta nuestros días. Anteriormente a 1796 (2 de mayo), fecha en la que aparece por primera vez en documento escrito la denominación actual, se había venerado bajo distintos títulos la figura de Jesús: Nazareno, Arrodillado, con la cruz a cuestas, del Perdón...

He de confesar que desde muy temprano me llamó la atención que a Jesús se le llamase «Nuestro Padre». De ahí mi curiosidad por conocer cuándo y por qué se le había empezado a nominar así. La casi coincidencia de fechas con la presencia en Manzanares del Párroco Sotomayor, natural de Lucena, donde se veneraba la imagen de Ntro. P. Jesús Nazareno, me hace sospechar las influencias del sur.

Llamar a Jesús «padre» no deja de ser una hebreja piadosa, que llevada a sus últimas consecuencias trastocaría toda la historia de la salvación, más fruto de la religiosidad popular, cuyo sentido de exaltación no encuentra límites a la hora de expresar sus sentimientos, que de la reflexión teológica y sería del evangelio.

Al Padre nunca nadie le ha visto, pero gracias a Jesús los hombres pueden llegar a conocerle. Tal es, en efecto, el sentido del bautismo: participar en la vida del Hijo y así poder aspirar a la naturaleza de aquel que lo envió. La filiación de Jesús es tema y preocupación central del evangelio. Con Jesús llega la salvación a los hombres, y esta salvación proviene, en definiti-

va, de ser el Hijo único de Dios. Jesús es la palabra de Dios entre los hombres; de forma que Dios no sería nada sin el Hijo que lo revela, como el Hijo nada sería sin Dios que lo envía.

Pero éste, que es un simple detalle (simple por la intencionalidad, no por el contenido) puede hacernos ver y descubrir hasta qué punto pueden extralimitarse las cosas –aun presumiendo siempre la mejor de las voluntades– y llevarnos sin querer a desarrollar el impulso de nuestros sentimientos y no el mensaje de Jesús de Nazaret, el Cristo, el ungido, el enviado para anunciar los designios eternos de salvación de Dios Padre a todos los hombres. De ahí la pregunta ¿a quién celebramos? ¿quién es Cristo, hoy día, para nosotros?

Será Él mismo quien se encargue de disipar las posibles interpretaciones de este título mesiánico: para Satán «hijo de Dios» significa gozar de prodigiosos poderes –«*si eres hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan*» (Mt. 4,3)–, para Jesús significa cumplir la voluntad de Dios Padre –«*no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*» (Mt 4,4)–. En Pablo viene a ser el punto de partida de una reflexión teológica mucho más avanzada: «*Dios envió a su Hijo a fin de que fuéramos reconciliados por su muerte*» (Rom 5,10). Para Juan el Hijo Unico es el revelador que comunica a los hombres la vida eterna que viene de Dios.

El evangelio de Jesús se halla en perpetuo conflicto con las imágenes que de Dios ha ido forjando la mente humana. Imágenes que incluso los cristianos han creado para acotar su sentido y ayudarse a mejor comprenderlo. «*Estas imágenes, nos dice John A. T. Robinson, tienen una finalidad esencial: la de precisar lo incognoscible, la de limitar lo inagotable, para que hombres y mujeres corrientes tengan algo en que fijar su imaginación y sus plegarias. Pero cuando estas imágenes se convierten en un sustituto de Dios, hasta el punto de ser excluido o negado lo que no se halle incorporado a la imagen, entonces ha nacido una nueva idolatría y una vez más ha de ser sometida a juicio*» (Sincero para con Dios).

Es muy posible que la palabra «Dios» esté impregnada de una determinada forma de hacer y de pensar, un cierto aroma mezcla de cera e incienso, con la que fácilmente se confunde, y, tal vez, sea necesario desligarla de esta manera de ser para que pueda seguir teniendo vigencia el evangelio.

Buscar a Dios significa emprender el camino de Jesús en la expresión cotidiana del dolor y descubrir que no existe sino para los demás. «*De este ser para los demás hasta la muerte es de donde nace la*

omnipotencia, la omnisciencia y la omnipresencia. Nuestras relaciones con Dios no son unas relaciones «religiosas» –reeligadas– con el ser más alto y más poderoso, sino en esa nueva vida para los demás. Las tareas infinitas e inaccesibles no son las transcendentales, sino el prójimo que cada vez hallamos a nuestro alcance.» (Bonhoeffer). Dios se hace hombre en Jesús para estar al lado del hombre.

El Dios que nos viene a descubrir Jesús:

– No es el dios que nos saca de apuros cada vez que lo necesitamos.

– No es el dios que satisface nuestras necesidades o cumple nuestros caprichos.

– No es el dios que viene a tranquilizar nuestra conciencia.

– No es el dios que nos da seguridad en los negocios.

– No es el dios que supla nuestra debilidad para ser más poderosos.

El Dios que nos exige poner en juego todos los días los talentos.

Es el Dios que nos invita al sacrificio de la cruz constantemente.

Es el Dios que reclama nuestro compromiso diario con los que sufren, lloran o son perseguidos.

Es el Dios del amor y del perdón que nos exige actuar en consecuencia.

Por eso, lo primero que suscita la figura de Jesús es contradicción y desconcierto. Todo lo contrario a la seguridad. Cuando nos acercamos a Jesús en su persona y en su vida todo origina escándalo. Comienza por ser el hijo del carpintero, que tiene que descubrir su propia historia, nada de lo que esperábamos encontrar hallamos. Se rompen todos los moldes, se hacen añicos los esquemas previos. Y es que «*el vino nuevo no puede echarse en los cueros viejos*» (Mt. 2,23). Jesús es profetizado desde su nacimiento como signo de contradicción. «*Este niño está puesto para levantamiento y caída de muchos en Israel y para signo de contradicción*» (Lc 2,34). Los judíos esperan un mesianismo vengador o político, pero Jesús responde con la cruz y el sufrimiento. «*Desde entonces comenzó a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas y ser muerto, y al tercer día resucitar*» (Mt 16,21). Pablo dirá: «*La cruz es escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero poder y salvación de Dios para los llamados ya judíos ya griegos*» (I Cort 1,23-24).

El mayor peligro del creyente hoy es haber domesticado la fe, haberla encerrado en ritos y

rezos, desvinculada del mundo en el que precisamente se encarna Jesús. «*Pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se la salará? Para nada sirve ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres*» (Mt 5, 13). El día que todo parezca normalmente vulgar, ese mismo día habrá dejado de ser Buena y Nueva la palabra de Jesús. Y cuando la fe deje de ser contradicción hay que pensar si no se está confundiendo –por acomodación– con lo intrascendente de este mundo.

Por eso y para terminar, no podemos dejar de hacernos una última pregunta, si queremos ser sinceros: ¿por qué queremos seguir celebrándolo?, ¿qué es lo que en verdad buscamos o esperamos de esta celebración?

¿Por qué lo celebramos?

Indudablemente esto es algo tan íntimo y personal que cada uno debe replanteárselo individualmente en su interior. Pero, puesto que me habéis traído a la responsabilidad de ser hoy vuestro pregonero y me habéis pedido venir a reflexionar conjuntamente sobre la fiesta de Jesús del Perdón, patrón de Manzanares, me siento obligado como manzanareño a proponeros algunas sugerencias:

Si como pueblo hemos aceptado el patrocinio de Jesús del Perdón, lo menos que podemos pedirnos es ser consecuentes con el compromiso adquirido, y no acudir a Él únicamente como acudían los romanos a sus dioses para solicitar protección ante la necesidad o poder contra el enemigo: y cuando dejaban de necesitarlos los encerraban hasta mejor ocasión. Cristo no es un dios pagano del Olimpo que se pasee vestido de dolor para suscitar alivio ante la desgracia. No es tampoco un simple hombre bueno ni un líder de ocasión. Cristo es Dios hecho hombre con todas las consecuencias. Dios comprometido con todo lo que compromete la historia del hombre. Cristo es fermento de transformación. En este sentido, cristianismo es escatología, esperanza, mirada y orientación hacia adelante y, por lo mismo, apertura y transformación de toda nuestra realidad presente.

La existencia cristiana y de la Iglesia entera está orientada hacia la transformación de todas las cosas, «*pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto*» (Rom 8,22). Ahora bien, la transformación escatológica, como nueva existencia de la realidad, no puede desembocar en algo totalmente nuevo y distinto, en algo desconocido y sorprendente. Arranca de una realidad histórica y anuncia su plenitud en futuro. El cambio

parte de un punto de referencia muy claro, de un modelo que es Cristo muerto y resucitado, garantía y señal de toda transformación final.

«*Se nos promete la vida eterna; pero se nos promete a nosotros, los muertos. Se nos anuncia una resurrección bienaventurada; pero entretanto estamos rodeados de podredumbre. Se nos llama justos; y, sin embargo, el pecado habita en nosotros. Oímos hablar de una bienaventuranza inefable; pero entretanto nos hallamos oprimidos aquí por una miseria infinita. Se nos promete sobreabundancia de todos los bienes; pero somos ricos sólo en hambre y en sed. ¿Qué sería de nosotros si no nos apoyásemos en la esperanza, y si, en este camino a través de las tinieblas, iluminado por la palabra y por el espíritu de Dios, no se apresurase nuestro entendimiento a ir más allá de este mundo?*» (Calvino, Ad Hebreos, 11,1).

Jesús de Nazaret, el Cristo del Perdón y del Amor sigue siendo, hoy día, el mejor modelo que ilumina la existencia humana. Es la demostración de la fortaleza en esta contradicción experimentada ante el sufrimiento, el mal y la muerte. Es el hermano mayor que invita, respetando siempre la libre decisión personal. Es el amigo que se entrega hasta la muerte. Es el compañero que tiende la mano y ayuda a recorrer el camino. Es el confidente que nos cuenta la verdad de la vida, aunque a veces nos duela, para hacernos libres. Es, finalmente, Enmanuel, Dios con nosotros, con todo nuestro lastre histórico, pero ofreciéndonos la posibilidad de ser un pueblo unido caminando hacia el futuro.

Por eso necesitamos seguir descubriéndole, porque necesitamos iluminar constantemente la realidad humana y dar respuesta a los nuevos problemas planteados; porque precisamos interpelar nuestra existencia cotidiana; porque sigue siendo la esperanza de un mañana que se acerca día a día, pero que aún no ha llegado.

Pero para que este mañana no quede desdibujado en un vago deseo, sino que sea, como hemos visto, la repetición concéntrica de Cristo en nuestra realidad actual, y siendo coherentes con ese iluminar y dar respuesta a los problemas planteados, hemos de lograr:

Que los cambios acaecidos en nuestra sociedad, esos cambios profundos y acelerados, nacidos de la inteligencia y del trabajo del hombre, no se vuelvan contra el hombre ni desequilibren su conciencia de personas libres, antes las vuelvan comprensivas, tolerantes y respetuosas con los demás.

Nunca hemos tenido tanta abundancia de riquezas, posibilidades y capacidad para hacer co-

sas. Sin embargo, sigue habiendo hambre y miseria; se gastan ingentes cantidades en obras muy dudosas, y lo que es peor, la cultura no acaba de ayudar a la libertad de hombres, mujeres y jóvenes como era de esperar.

Es cierto que vivimos en democracia y en progreso, y que las relaciones humanas se multiplican sin cesar, que se mejoran las condiciones de vida, pero también es cierto que sigue habiendo comportamientos personales muy confusos: las discrepancias se tornan enfrentamientos y se prefiere otra dimensión más sutil de dominación, amparándose en las molestias de supuestos posibles sin la supuesta posibilidad de tolerancia. Pero nunca será éticamente negociable la renuncia a los propios convencimientos o criterios de comportamientos

personales, como no es negociable el veto a ninguna opinión.

Para que nuestro pueblo sea maduro y libre necesita participar en su organización y sentirse responsable de cuanto se haga, y no únicamente someter la acción al único objetivo de seguir mandando más.

Este es el beso que Jesús del Perdón quiere los primeros viernes, todos los viernes y todos los días del año: que seamos capaces de interpelar nuestra existencia desde la experiencia cotidiana de su presencia entre nosotros. El mayor y más portentoso milagro de Dios está en Jesús y a Él os remito para celebrar con toda dignidad y profundidad la fiesta de nuestro patrón JESÚS DEL PERDÓN.

En Manzanares, a 27 de agosto de 1994.